

José E. Burucúa,
Civilización. Historia de un concepto,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2024, 752 páginas.

El libro más reciente de José E. Burucúa aborda un tema importante en tiempos de crisis, cuando las preocupaciones ciudadanas respecto del pasado, el presente y el futuro de las civilizaciones reaparecen en el debate público. También, cuando el término civilización es objeto de manipulaciones propagandísticas por parte de los poderes del Estado.¹ A diferencia de estos casos, *Civilización. Historia de un concepto* es un libro que no elude la polémica, pero se aproxima a ella con evidencias y erudición. Así, el autor da muestras de lo que, en otras circunstancias, él mismo llamó “excesos lectores”, compartidos con quienes se aventuren en este volumen.²

Es imposible y sería tedioso sintetizar las 700 páginas escritas por Burucúa en pocas líneas. Sin embargo, indicaré algunas coordenadas como invitación a la lectura. El libro está estructurado en un prólogo, 37 capítulos, un epílogo y un apéndice iconográfico. El autor no lo hace, pero creo que es posible imaginar una

organización que agrupe esos capítulos en cinco o seis partes:

1. Está, en primer lugar, el desarrollo de la historia político-intelectual del concepto y de la palabra en Europa, desde antes de que existiera el término (su “protohistoria”, según se la denomina) hasta el siglo XIX. Uso la expresión extraña “historia político-intelectual del concepto y de la palabra” adrede, porque Burucúa atraviesa las fronteras entre campos y subdisciplinas con avidez. Propone la existencia de la cosa en Occidente antes de que se encarnara en una palabra. Consta que esa palabra puede definirse y tiene una historia. Al mismo tiempo, demuestra que el concepto de civilización es plurívoco, está hecho de capas de sentido superpuestas y paradójicas; que nunca perteneció solamente al contexto cultural donde adquirió centralidad y que, más tarde, impuso su universalización. Nuestro autor sigue la huella de grandes figuras que exploraron el concepto, sus raíces y ramificaciones modernas (Lucien Febvre, Norbert Elias, Émile Benveniste, Jean Starobinski). Aparecen entonces sus múltiples sentidos. Civilización fue ideal universalizante de vida común y estado alcanzado del desarrollo, pero también proceso por el cual se avanza en esa dirección, de manera que

se ligó íntimamente con la noción de progreso y la de historia. Fue también descripción de un área sociogeográfica amplia pero individualizable y, en consecuencia, pudo hablarse de civilizaciones en plural. Aquel ideal se materializó enfrentado a sus opuestos (salvajismo, barbarie) y Occidente propuso e impuso su expansión global.

2. Entre el capítulo XV y el XVIII se examinan las tensiones entre civilización y barbarie en la Argentina, Estados Unidos y África, donde aparecen con fuerza la politicidad del concepto y sus apropiaciones. También sus contradicciones, que Burucúa describe en detalle: la barbarie de los civilizados y la civilización como camuflaje de los más terribles sometimientos, desde la esclavitud al genocidio, fueron criticadas desde adentro (en Europa y América) y desde afuera.

3. En los capítulos XIX-XXIV, tal vez los más apasionantes del libro, junto con los pasajes dedicados a Simone Weil y a María Zambrano, Burucúa examina la civilización vista desde otros contextos culturales, no euroatlánticos. Explora el modo en que esos horizontes produjeron palabras y nociones que tradujeron, fueron traducidas o podrían asimilarse con “civilización” en Occidente: Rusia, Japón, China, India y el mundo árabe se estudian para dar cuenta del

¹ Véase por ejemplo esta campaña del gobierno argentino: <https://www.lanacion.com.ar/politica/el-gobierno-volvio-a-utilizar-dia-de-la-raza-pese-a-un-decreto-de-cristina-que-le-cambio-el-nombre-nid12102024/>.

² José E. Burucúa, *Excesos lectores, ascetismos iconográficos*, Buenos Aires, Ampersand, 2017.

acercamiento ilusionado y de la crítica radical con buenos fundamentos.

4. Las encrucijadas del siglo xx, desde la Primera Guerra Mundial hasta el proceso de descolonización, permiten a Burucúa estudiar, entre el capítulo xxv y el xxvii, y entre el xxxi y el xxxiii, el empleo polémico de la “civilización” contra el fascismo (Benedetto Croce), las relaciones tensas del concepto con las expectativas de revolución social, las impugnaciones desde Asia, África y América, y las consecuencias que la guerra y el genocidio tuvieron sobre la posible supervivencia de la palabra, la idea, la cosa y el proyecto.

5. Nuestro autor dedica largos pasajes, exhaustivos y complejos, a estudiar la aparición de la idea de civilización en las ciencias sociales y las humanidades: la antropología de Claude Lévi-Strauss; la sociología, de Émile Durkheim a Alfred Weber; la historiografía profesional de Fernand Braudel a la historia global; la filosofía comprometida de Simone Weil y María Zambrano, dos autoras antes mencionadas y aquí abordadas con mayor profundidad (xxviii-xxx; xxxiv).

6. En una última sección imaginaria, aparece el interrogante respecto del espacio que queda para la esperanza. Tras la crítica mordaz de las instrumentalizaciones belicistas contemporáneas del concepto (Samuel Huntington), Burucúa no solo imagina la posibilidad de una utilización consciente y benévola de la tensión entre universalidad y particularidad

(Paul Ricoeur, Souleymane Bachir Diagne) sino que articula sus experiencias personales con la búsqueda de aquello que podría y merecería sobrevivir de una noción y un conjunto de prácticas en crisis.

Espero que esta síntesis no haya sido demasiado farragosa. Me gustaría, a continuación, intentar capturar el espíritu del libro a partir de un silencio o, para retomar la metáfora inicial, el “ascetismo iconográfico” que lo caracteriza. Burucúa eligió como portada del libro este *Paisaje de invierno*, pintado en torno a 1927 por Kazimir Malévich, que se conserva hoy en el Museo Ludwig de Colonia, en Alemania. Es un óleo sobre tela de 48,5 x 54 cm. Desde un bosque entre negro y rojizo, y gracias a la distancia que nos ofrece la perspectiva lineal, vemos algunas casas coloridas, que sugieren los confines de una pequeña ciudad. Los árboles de tronco rojo y copas azules parecen haber sido plantados en una línea, lo que sugiere un parque o jardín y no la naturaleza liberada a su arbitrio. En el texto se analizan algunas imágenes, incluso se hace lugar a un apéndice iconográfico donde se estudian unas pocas alegorías de la civilización (la escasez de esta clase de representaciones es en sí misma sorprendente, si consideramos la importancia del concepto en la modernidad occidental). Pero no pude encontrar referencia alguna a Malévich y su paisaje de invierno en todo el libro, aunque aseguro haberlo leído con atención casi obsesiva. En tanto el historiador del arte nos deja a los historiadores con ese silencio, me atrevo a interpretar la elección de la portada.

En más de una ocasión a lo largo del libro, Burucúa propone la posibilidad de un segundo volumen que curiosamente rechaza escribir. Allí, se daría a sí mismo la tarea imposible de fundar una nueva idea de civilización. En esa búsqueda, intenta evitar la trampa por la cual “una cultura engendra ideas enaltecedoras que, al ser proyectadas sobre realidades ajenas al mundo de partida, igual que el sueño de la razón, produce monstruos” (p. 390). Las bases de la recreación del concepto deberían buscarse, entonces, en la apertura a otras tradiciones, lo que permite proponer estos caracteres fundantes para la nueva entelequia: la curialización de los guerreros, el cultivo de las flores y la gastronomía, la poesía lírica, las traducciones y administración de la misericordia. El paisaje de Malévich es, entonces, un paisaje civilizado, visto desde los confines de la civilización. El negro de las copas de los árboles quizás indique la oscuridad des-civilizadora que se cierne sobre ese horizonte, hasta el punto de amenazar incluso con la destrucción de la naturaleza. El hombre que camina por la frontera entre ambos mundos busca edificar la civilización sobre esas bases nuevas. De hecho, Burucúa termina su libro con un epílogo donde reflexiona sobre la naturaleza, las variedades históricas y los destinos de la civilización. Aunque reconoce la dificultad de su propia empresa en el contexto actual (se atreve a considerarla “ridícula”), cree encontrar todavía a la civilización, robusta, contradictoria y amenazada, entre Chilecito y

Famatina. En ese invierno crudo, busca la esperanza de Dante: la “necesidad de la *civiltade* humana orientada hacia un fin, esto es, una vida feliz” (p. 656).

Burucúa podría ser hoy como aquellos hombres de la modernidad temprana que buscaron la Atlántida platónica. Seguramente conscientes de que esa república ideal concebida por Platón no había existido nunca, imaginaron su presencia en los mares a los que se aventuraban sus contemporáneos (los filósofos viajan rara vez, salvo en sus libros). En la *Nueva Atlántida*, publicada póstumamente en 1626, Francis Bacon propuso un futuro venturoso de descubrimiento y saber para la humanidad, en una tierra donde “la generosidad, la ilustración, la dignidad y el esplendor, la piedad y el espíritu público” son cualidades compartidas por los habitantes de una Bensalem mítica, donde se encuentra un colegio imaginario, la Casa de Salomón, linterna de ese reino. En su *Mundus subterraneus*, de 1664, Athanasius Kircher ubicó la Atlántida perdida en medio del océano Atlántico, en un

mapa imaginario, con el sur arriba, que la sitúa entre África e Hispania al este y América al oeste, con un barco que se dirige hacia el Nuevo Mundo. En ese mapa, Kircher articula mundo humano y mundo natural, pues no solo retrata la isla a partir de fuentes presuntamente platónicas y egipcias, sino que también ilustra su teoría respecto de la estructura del mundo físico; la protuberancia de la Atlántida sería evidencia de una larga cordillera que serviría de esqueleto al cuerpo del planeta.³ Como Bacon y Kircher, quizás, Burucúa, solo ante las inclemencias igual que el personaje del paisaje invernal de Malévich, sigue las huellas de un ideal que ya no existe. A diferencia de Bacon y Kircher, nuestro autor no oculta ni ignora, sino que exhibe con crudeza los dobleces y las contradicciones de ese proyecto que trajo consigo muchos logros, pero indudablemente

también tantísima opresión, muerte y explotación.

Al inicio del libro, Burucúa se propone imitar el estilo de Roberto Calasso y creo que lo logra, porque sus páginas siguen los meandros de la civilización y de sus interpretaciones. En todo caso, es posible que la inspiración del italiano estuviera también presente en la empresa misma de explorar el concepto de civilización. Burucúa, moderno al fin, no elude la crítica tenaz, pero se esfuerza por registrar también los ideales y las esperanzas. En ese sentido, como decía Calasso del mito a partir de Salustio, quizás la civilización sea también una de esas cosas que “no ocurrieron jamás, pero son siempre”.⁴

Nicolás Kwiatkowski
Universidad de San Martín /
CONICET / Universitat
Pompeu Fabra

³ John E. Fletcher, *A study of the life and works of Athanasius Kircher*, Boston y Leiden, Brill, 2011, p. 172.

⁴ Roberto Calasso, *Las bodas de Cadmio y Harmonía*, Barcelona, Anagrama, 2019, p. 7.